

descubrir.com

Nº 9

ESPECIAL NUEVA YORK
XOCHIMILCO / TURÍN / ALGARVE
JAMAICA / MARRAKECH / BERNA

RAÍCES

AÑO III 10€



977295197900701



NEW YORK

El vuelo lo pasé durmiendo, pero cuando estuve a media hora de aterrizar me desperté y vi cómo se encendían las luces al caer la noche sobre **Nueva York**. En los auriculares sonaba Taylor Swift con su *Welcome to New York*. Ya lo sé, más cursi imposible. Además, me terminaría hartando de esa canción porque cientos de rickshaws la llevan puesta a todo volumen mientras ofrecen un viajecito por la ciudad. No importa, en ese momento resultaba perfecta.

Es un cliché, pero lo siento, no puedo empezar de otra manera. Visitar **Nueva York** fue siempre uno de los grandes sueños de mi vida. Y por fin, justo después de cumplir 35 años, ese sueño se cumplió. Supongo que ya habéis leído una o trescientas guías sobre esta ciudad, pero lo que os quiero proponer es la ruta de mi primera vez en **NYC**. Una historia parecida a la de un primer amor: muy bonita, pero con sus errores.

Os la voy a contar cronológicamente.

Texto
DAGMARA OLE

Fotografías
CHRISTIAN ROJO

DÍA / 1

LITTLE ITALY, ROCKEFELLER Y BROADWAY

El primer día, con un café y el *New York Times* en la mano, empecé mi visita a la ciudad en **Little Italy**. ¡Atención! En la ciudad hay dos sitios que se llaman así. Uno está al lado de **Chinatown** en **Manhattan**, el más turístico, y otro está en el **Bronx**, al que me dirigí para encontrar el barrio donde realmente vivieron y siguen viviendo la comunidad de inmigrantes italianos.

Pasé allí alrededor de cuatro horas y no tuve tiempo de sentarme a comer: pillé un trozo de la típica pizza neoyorquina y salí corriendo a mi cita con el **Rockefeller Center**. Digo cita porque así lo sentí. Recorrí los 19 edificios que lo conforman (no, no es solo uno), ad-

miré su arte y una arquitectura pensada en cada detalle. (Si pasáis unas páginas podréis leer dos artículos más amplios de ambos lugares).

El día lo terminé en **Broadway**. Puede que no os gusten los musicales o puede que los hayáis visto todos en vuestra ciudad, pero ver uno en **Broadway** es una experiencia única. Elegí *Moulin Rouge*. El interior del teatro me transportó en un segundo a las calles de **Montmartre**. Los actores, con sus canciones y su coreografía, fueron impecables. No es solo ir al teatro, es una experiencia que se queda contigo. Cansada y emocionada volví al hotel para recuperar fuerzas.



Desde el observatorio del Top of the Rock, en lo alto del Rockefeller Center, se despliega una de las panorámicas más espectaculares de Manhattan. Hacia el sur se alzan algunos de los rascacielos más emblemáticos de la ciudad, como el Empire State Building, el One Vanderbilt (a la izquierda) o la estilizada torre residencial 432 Park Avenue (a la derecha), mientras que al norte se extiende la gran mancha verde de Central Park.

Broadway: el escenario que define Nueva York

Ver un musical en Broadway es una de esas experiencias que justifican un viaje a Nueva York. El distrito teatral se concentra alrededor de Times Square, entre las calles 41 y 54 y las avenidas Sexta y Novena, con decenas de teatros que ofrecen desde clásicos como *The Lion King*, *Chicago* o *Hamilton* hasta estrenos que cambian cada temporada. La oferta abarca musicales, comedias, dramas y espectáculos familiares, con funciones prácticamente todos los días (la mayoría de los teatros descansan los lunes). Para planificar y reservar entradas, **Broadway Collection** (broadwaycollection.com) funciona como la plataforma de referencia para viajeros que quieren descubrir y comprar entradas de forma fiable.

La web conecta directamente con los canales oficiales de venta de cada espectáculo, sin intermediarios ni recargos ocultos, y permite reservar tanto entradas individuales como para grupos de más de diez personas. **También incluye ópera (Met Opera) y ballet (NYC Ballet).**



DÍA / 2 CENTRAL PARK, MUSEOS Y UN RINCÓN SECRETO

El plan del segundo día parecía tranquilo, pero obviamente terminé agotada. Empecé por **Central Park**. Es complicado verlo entero, así que elegí varios puntos que me interesaban y que coincidían con la ruta planificada. Entré por **Strawberry Fields** con el mosaico *Imagine*, el memorial de **John Lennon**. Es a la vez emocionante (sobre todo si sois fans de **The Beatles**) y tranquilo, un ambiente que invita a sentarse en uno de los bancos, observar a la gente, dejarse llevar por la naturaleza y escuchar a algún músico callejero.

Vi también **Bow Bridge** con su precioso lago y la **Fuente Bethesda**, uno de los rincones más filmados de la ciudad. Su terraza con escalinatas y el ángel encima de la fuente son tan reconocibles que **Hollywood** los usa mucho para situar la acción en **Nueva York**. Por dar algún ejemplo: es uno de los sitios que recorre Kevin en *Home Alone: Lost in New York*, sale en las películas de *Avengers*, en varias películas románticas y es la inspiración visual del opening de *Friends*. De allí fui a ver el **Castillo Belvedere** y más adelante el **Jacqueline Kennedy Onassis Reservoir**, uno de los sitios favoritos para los amantes del running, y que, seguramente, también habéis visto en alguna película.

Ahí terminó mi excursión por **Central Park**. Hay mucho más que ver, pero tocaba un poco de cultura. El resto del día lo pasé entre el **Met** y el **MoMA**. Siempre es emocionante tener delante de ti algunas de las obras más famosas de la historia del arte. Entre uno y el otro tuve que hacer una pausa, porque las piernas ya no daban para más. Así descubrí un rincón mágico escondido entre los rascacielos: un sitio donde los neoyorquinos paran a tomar un café entre árboles y una cascada. Se llama **Greenacre Park** y lo recomiendo muchísimo.

El jetlag hizo su efecto y decidí volver al hotel a descansar. Me alojé, por cierto, en el **Hotel Beacon**, en el **Upper West Side**, en **Broadway con la calle 75**, una zona perfecta para tener la ciudad a mano, pero sin vivir en el ruido constante de Manhattan. El Beacon es de esos hoteles que se agradecen cuando vas a pasar varios días caminando sin parar: habitaciones y suites amplias, con **una pequeña cocina que te permite no estar siempre comiendo fuera** y un ambiente residencial y acogedor. Además, está a un paseo de **Central Park** y con metro cerca para moverte rápido cuando las piernas ya no dan más de sí.



DÍA / 3

DE CONEY ISLAND A CHINATOWN PASANDO POR BROOKLYN

Mi tercer día fue, creo, el más completo. Empecé por **Coney Island**. Fue una elección complicada porque está bastante alejado del centro, pero yo lo tenía muy claro: no me iba de **NYC** sin verlo. En la literatura se usa este lugar como símbolo de infancia, inmigración, decadencia americana o simplemente de recuerdos felices. Con su feria vintage, su playa, sus neones y su montaña rusa, uno entra en un ambiente nostálgico que parece intacto por el paso del tiempo. Allí comí un clásico perro caliente en **Nathan's** y tengo que admitir que me supo a gloria.

De un sitio tan decadente y melancólico me teletransporté a **Brooklyn Heights Promenade**, con unas vistas espectaculares del skyline de **Wall Street**. Y siguiendo, la ruta me llevó hasta **DUMBO**, una zona de antiguos edificios industriales convertida en territorio de startups y oficinas de tecnología. Tampoco faltan cafeterías con mucho carácter y, obviamente, el sitio más famoso para hacer la foto con el **Puente de Brooklyn** de fondo.

Ahora tocaba cruzar el puente, que era una de las cosas que más quería hacer. ¿Por qué? Antes no sabía argumentarlo, pero ahora ya lo sé. Es una de las pocas experiencias de **NYC** donde te mueves dentro del paisaje, donde no lo miras desde fuera y eso cambia completamente la sensación de la ciudad. Notas el viento, las vibraciones, los coches abajo... Fue el momento en el que "sentí" **Nueva York**. Además, es una de las pocas actividades turísticas donde entiendes la dimensión de esta ciudad sin gastar un céntimo.

Al volver a **Manhattan** me acerqué a **South Street Seaport**, el último trozo del puerto del siglo XIX que sobrevivió al paso del tiempo. Los bajos edificios de **Fulton Street Market**, justo al lado, eran pescaderías y almacenes marítimos. Calles auténticas, estrechas, pensadas para carros y muelles. Antes de **Wall Street**, que está literalmente a dos minutos de allí, el dinero venía del pescado, del algodón y de los barcos. Un contraste interesante para ver de cerca y reflexionar un poco sobre la historia de la ciudad.

Se podría decir que para un día ya era suficiente, pero todavía me quedaban fuerzas para un paseo por **Chinatown**. Lo curioso, otra vez, es el contraste: de los modernos restaurantes neoyorquinos a los restaurantes y comercios chinos más auténticos en apenas unos minutos.

De repente me encontré rodeada de carteles en mandarín, tiendas de medicina natural y abuelos jugando en el parque una partida de mahjong. Entre todo ese ruido, caos y una multitud de personas esquivando coches, encontré otro sitio que añadí a mi colección de perlas escondidas.

En el 45 de **Mott Street** parece que no hay nada. Bueno, hay unas escaleras que bajan a un sótano. Allí encontré una antigua máquina de **Coca-Cola**, que en realidad es una puerta. Una puerta a un bar, a **Basement**. Una coctelería con un ambiente único que recomiendo encarecidamente para cerrar el día de la mejor manera posible.



En Coney Island sobrevive el espíritu de los antiguos parques de atracciones de Estados Unidos. Su paseo marítimo, la playa y las montañas rusas históricas evocan veranos de feria frente al Atlántico.



El Brooklyn Bridge une Manhattan con Brooklyn desde 1883. A sus pies se encuentra DUMBO, un antiguo distrito industrial convertido en uno de los barrios más fotogénicos de la ciudad.



En esta página:
El Chinatown neoyorquino es uno de los mayores enclaves chinos fuera de Asia. Restaurantes, mercados y templos reflejan la historia de generaciones de inmigrantes que encontraron aquí su hogar.

En la siguiente página:
La pequeña calle de Sylvan Terrace conserva una fila de casas de madera construidas en 1882. Restauradas y pintadas en tonos suaves, forman uno de los rincones históricos más inesperados y tranquilos de Nueva York.





DÍA / 4 JAZZ EN HARLEM, ESPEJOS EN EL CIELO Y TIMES SQUARE

Mi cuarto día coincidió con un domingo. No madrugué porque el plan empezaba por un concierto muy especial en **Harlem**. Al lado de **Morris-Jumel Mansion**, la casa más antigua de todo **Manhattan** y la que sirvió como cuartel general a **George Washington** durante la Guerra de Independencia. En el 555 de **Edgecombe Avenue**, cada domingo **Marjorie Eliot** abre las puertas de su casa a todas las personas que quieran escuchar un poco de jazz. (Su historia podéis leerla en la página 62.)

Allí me pilló el atardecer, así que decidí acercarme a otro de los miradores más famosos de la ciudad para ver Nueva York de noche. Después de una fila bastante larga, entré en **Summit One Vanderbilt**, que en realidad no es solo un mirador. Es más bien una experiencia sensorial.

Son tres plantas con varias experiencias y os voy a resumir qué podéis esperar en cada sala. Empezamos por **Air**, la sala infinita donde el suelo, el techo y las paredes están hechas con espejos, literalmente un

campo infinito de reflejos. Luego viene **Reflect**, con nubes gigantes metálicas en el suelo. La siguiente es **Affinity**, la sala más famosa en **Instagram** por sus globos plateados flotando por corrientes de aire. También se puede acceder a **Levitation**, dos balcones totalmente de vidrio suspendidos a más de 300 metros. Y al final, una terraza abierta con un bar donde admirar la ciudad tomando una copa de vino o champán.

Al bajar las emociones (y bajar físicamente del mirador), pasé por la icónica **Grand Central Terminal**, escenario de momentos míticos del cine: **Cary Grant** huyendo entre la multitud (*North by Northwest*, 1959), la llegada de **Clark Kent** a la ciudad (*Superman*, 1978), el famoso vals en la sala principal (*The Fisher King*, 1991). De ahí me metí en pleno **Times Square** con sus pantallas gigantes, luz constante, multitudes a cualquier hora, ruido, artistas callejeros y, obviamente, tráfico. Un lugar muy intenso. Mucha gente lo ama y mucha gente lo odia, pero a nadie deja indiferente. Es un verdadero epicentro cultural y de entretenimiento. De noche parece ciencia ficción.



SUMMIT One Vanderbilt: el mirador que no parece un mirador

SUMMIT One Vanderbilt ocupa las tres últimas plantas del rascacielos más alto de **Midtown Manhattan** y abrió sus puertas en octubre de 2021. Es difícil llamarlo mirador, porque lo que ocurre ahí arriba se parece más a una instalación artística inmersiva que a una plataforma de observación.

El recorrido, diseñado por el artista experiencial **Kenzo Digital**, combina arte, tecnología y arquitectura en varias salas con nombres propios. **Ascent**, el ascensor exterior de cristal más grande del mundo, sube hasta los 369 metros y una terraza abierta en el piso 93 con un bar del chef **Daniel Boulud** permite cerrar la experiencia con una copa frente al skyline.

Las entradas se compran online en la página web con franja horaria asignada. Existen opciones de **visita diurna y nocturna** y se recomienda reservar las franjas de atardecer, que son las más demandadas. Un consejo práctico: conviene vestir pantalón largo o leggings, ya que los suelos de espejo y cristal pueden resultar incómodos con falda y no se permiten usar tacones para no dañar el suelo.



El Washington Square Park es uno de los lugares más animados de Greenwich Village. Bajo su gran arco triunfal, músicos callejeros, estudiantes y ajedrecistas se mezclan cada día.



La esquina de 90 Bedford Street, en Greenwich Village, se hizo mundialmente conocida por aparecer en los planos exteriores de la serie Friends. Aunque las escenas interiores se rodaron en estudio, la fachada sigue siendo lugar de peregrinación.



El High Line transformó una antigua línea ferroviaria elevada en uno de los paseos urbanos más originales de Nueva York.



Cada día miles de visitantes embarcan hacia la Estatua de la Libertad en alguno de los ferrís que cruzan la bahía para acercarse al famoso monumento.

DÍA / 5 DE WASHINGTON SQUARE A LA ESTATUA DE LA LIBERTAD

Así llegué al quinto día, igual de ajetreado que los anteriores. Empecé tranquilamente tomando un café en **Washington Square**. Merece la pena sentarse en un banco o en el césped y mirar cómo va pasando la gente, cómo transcurre la vida de los neoyorquinos y sentirse un poco parte de este mundo.

De allí, tengo que admitirlo, fui directamente a hacerme la foto con el edificio de *Friends* (90 **Bedford Street**) y luego con la escalera de la casa de **Carrie Bradshaw** (66 **Perry Street**) de *Sexo en Nueva York*. Llegaba ya la hora del lunch, según mi estómago, así que decidí ir a comer en uno de los sitios de mi lista: **Chelsea Market**. No es un mercado cualquiera. Es uno de los mejores ejemplos de lo que **Nueva York** hace bien: reutilizar la industria vieja y convertirla en

vida urbana. El edificio era la fábrica donde nació la galleta **Oreo**. Hoy es comida, diseño y gente. Hay de todo: marisco, tacos (muy populares por lo visto), ramen, hamburgueserías... Y se come rodeado de arquitectura industrial: ladrillo, tuberías a la vista y pasillos estrechos.

Ya con la tripa llena y contenta subí a **High Line**, que está justo encima de **Chelsea Market**. En un minuto me encontré en una antigua vía de tren elevada convertida en paseo urbano y eso cambia completamente cómo se percibe la ciudad. No estás a nivel de calle ni en lo alto de un rascacielos. Estás a media altura y eso te permite mirar dentro de los edificios (el cotilleo de la vida cotidiana es algo que me encanta), descubrir patios ocultos, caminar entre arquitectura

contemporánea y sentir el río **Hudson** de fondo. Es una perspectiva que no existe en otro sitio de la ciudad. Lo que también me gustó mucho es la mezcla de naturaleza, acero y diseño. Los jardines, diseñados pero salvajes, bancos integrados en las vías originales y mucho arte contemporáneo salpicando el recorrido.

De allí bajé a **Hudson Yards** para coger uno de los barcos que me acercaría a la **Estatua de la Libertad**. Hay diferentes opciones para hacerlo. Mi opción fue dar una vuelta por el río y verla más de cerca de lo que se ve desde la ciudad. Me encantó porque el guía me entretuvo durante una hora contando anécdotas, bromas y curiosidades sobre la estatua y los edificios que iba viendo.

También se puede hacer una excursión que permite bajar en **Liberty Island**, donde se encuentra la estatua, y hacer otra parada en **Ellis Island**, que fue la puerta de entrada de millones de inmigrantes a Estados Unidos entre 1892 y 1954. Ahí ocurría todo en minutos: inspección médica rápida, preguntas básicas, decisión: entrar o volver. Para muchos fue el día más importante de su vida. También hay un museo, pero no de objetos famosos. Es un museo de personas, con sus maletas reales, cartas familiares, fotos de llegada e historias de adaptación. Si queréis sentir cómo fue vivirlo con aún más intensidad, podéis acercaros al **hospital abandonado**, una zona bastante cruda donde retenían a los enfermos antes de decidir si podían entrar. No es algo visualmente espectacular, pero sí muy fuerte emocionalmente.



Yo, por falta de tiempo, decidí solo dar la vuelta en el barco, porque todavía me esperaba el atardecer en mi tercer mirador: **The Edge**, con su plataforma que sobresale en el aire sobre **Manhattan** y ese toque de adrenalina que da su suelo de vidrio.

Sobre este tema, si no lo digo estallo. **Nueva York** está llena de miradores de todo tipo. El **Empire State Building** es el icono más clásico. **Top of the Rock** tiene vistas de 360 grados para abarcar toda la ciudad. **Summit One Vanderbilt** es la experiencia más futurista. **The Edge** es la adrenalina y el vértigo. En el **One World Observatory** hay unas vistas panorámicas de Downtown... Y hay unos cuantos más. Mi recomendación es que elijáis uno o dos, dependiendo de los días que vayáis a pasar en la ciudad, porque en cada uno vais a pasar mucho tiempo en la fila esperando para subir, para disfrutar del mirador y luego para bajar. Hay que tener paciencia de santo y yo no tengo ninguna. A lo mejor soy solo yo. Pero creo que esta ciudad es mejor vivirla. No visitarla como excursión. Y vivirla significa descubrir sus calles y su gente.

Así llegué al final de mi primera vez en **Nueva York**. Os he contado mi aventura y los lugares que elegí, los que recomiendo junto con algunas de mis perlas escondidas. Y digo aventura porque no es solo un viaje, no son solo unas excursiones: es toda una aventura sentir la ciudad, sentir cómo late su corazón, sentir cómo late el corazón de su gente.

Os he contado también algo sobre las películas que se grabaron allí, pero **Nueva York** no es solo cine. Son también mis escritoras favoritas. Es **Sylvia Plath**, que estuvo una temporada allí y a base de esa experiencia escribió *The Bell Jar*. Es también la inigualable **Dorothy Parker**, con su humor ácido que adoro y sus retratos urbanos brillantes. **Joan Didion** vivió muchos años en **Manhattan** y escribió sobre la ciudad como espacio mental y emocional. A eso puedo añadir a todos los músicos: **Billie Holiday**, **Patti Smith**, **Bob Dylan**, **Billy Joel** y tantos más.

Nunca lo voy a olvidar y necesito volver cuanto antes. Descubrir **Queens** y seguir buscando perlas escondidas...

Los ferris que se dirigen a la Statue of Liberty ofrecen una perspectiva singular del extremo sur de Manhattan, donde el distrito financiero y Wall Street se elevan junto al puerto. Pequeños veleros se mezclan con grandes cruceros con vistas a edificios tan simbólicos como The Edge.

The Edge y The Vessel

The Edge es el mirador al aire libre más alto del hemisferio occidental. Su plataforma triangular sobresale en voladizo desde el piso 100 del 30 Hudson Yards, **suspendida a más de 330 metros sobre Manhattan**. Para los más atrevidos, City Climb ofrece la posibilidad de escalar por el exterior del rascacielos a más de 365 metros de altura, la ascensión al aire libre más alta del mundo. **Las entradas de admisión general parten de los 46 dólares** y también existen opciones flex (sin hora fija) y paquetes con champán o acceso prioritario.

A sus pies, **The Vessel** es una escultura transitable de 46 metros de altura diseñada por **Thomas Heatherwick**. 154 tramos de escalera interconectados, 2.500 peldaños y 80 miradores que forman una estructura con forma de panal en acero cobrizo. **La entrada general cuesta 10 dólares**. Se puede comprar una entrada combinada Edge + Vessel para visitar ambos el mismo día.





Desde la plataforma panorámica de The Edge, suspendida sobre Hudson Yards, el atardecer tiñe de dorado el skyline de Manhattan. A lo lejos se distingue la Estatua de la Libertad, mientras que más cerca destacan edificios históricos como el The New Yorker Hotel, uno de los grandes iconos art déco de la ciudad.



Un paseo por Little Italy, el Bronx más auténtico

Cuando conocí a Anthony y Paul, sentí que justo allí, en el Bronx, se encuentra la esencia de la ciudad y su verdadero significado. Nueva York es la tierra de todos, aquí se mezclan nacionalidades, tradiciones, creencias y eso no provoca ningún problema. Al contrario, genera respeto y una comunidad muy fuerte. Al Bronx fuimos a conocer su particular **Little Italy**, guiados por **Anthony y Paul**, dos hermanos fundadores de **Mainland Media** con la misión de mejorar la imagen del distrito.

Ya os aviso de que esto no es ningún parque temático para turistas. Es un barrio vivo. Pero antes de entrar en el recorrido, me gustaría presentaros a **Anthony y Paul**, dos hermanos que crecieron en el Bronx. En 2006 fundaron una empresa para mejorar la imagen del distrito y compartir su historia cultural. El nombre no es casualidad. El Bronx es el único distrito de Nueva York **situado en tierra firme**, mientras que Manhattan, Queens, Brooklyn y Staten Island son islas. Los hermanos querían transmitir de esta manera que su barrio es algo real y sólido frente a los clichés.

Al principio organizaron eventos culturales, produjeron contenido local y crearon la marca **From the Bronx**.

Luego comenzaron a invitar a gente a caminar por el barrio. Un tour algo atípico, basado en conocer el vecindario y a quienes lo sostienen. Visitantes y vecinos empezaron a mirarse a los ojos y, con el tiempo, la iniciativa creció hasta convertirse en una **ruta gastronómica y cultural** que termina en su propio negocio dentro del mercado histórico. El objetivo nunca fue vender comida ni souvenirs. Para entender el Bronx hay que recorrer sus calles y conocer a su gente.

El recorrido debería empezar precisamente donde empezó la comunidad del barrio. Antes del primer restaurante, antes del primer escaparate lleno de pasta fresca, existió un punto de encuentro: la **Iglesia de Nuestra Señora del Monte Carmelo**. Los primeros inmigrantes italianos llegaron a principios del siglo XX atraídos por el trabajo. Se estaba construyendo sin parar y eso atrajo a muchos albañiles y obreros. Trabajaban levantando instituciones y al mismo tiempo levantaron la suya propia.

La iglesia abrió sus puertas en 1917 y se convirtió en el faro del vecindario. Alrededor de ella **nacieron familias, comercios y tradiciones**. Hoy, más de un siglo después, las misas se celebran en inglés, español e italiano.

Es la prueba de la continuidad. Las generaciones cambian, pero el centro permanece. La iglesia demuestra algo esencial para comprender Little Italy: primero fue comunidad, luego economía. Lo que a mí me tocó profundamente fue el fresco de la cúpula. Aparte de la Virgen con el Niño Jesús, los ángeles y diferentes santos, a su lado **se encuentran también los albañiles que construyeron la iglesia**. Están allí, con su ropa de trabajo y, de verdad, me encantó ese gesto hacia los obreros. Sentí que allí no hay mejores ni peores. Repito, es una comunidad.

Aunque nuestro punto real de inicio del tour fue en **Joe's Italian Deli**, donde aprendimos todo sobre la mozzarella. El lugar es un poco tienda, un poco taller. **Kurt**, el quesero, convirtió la preparación del queso en un espectáculo pedagógico.

El proceso de hacer mozzarella es bastante rápido, pero requiere precisión. Como nos explicó Kurt: "La mozzarella no es leche cortada por estar mala, es leche cuajada por el vinagre. Usamos agua caliente para quitarle el frío y le damos sal. La magia ocurre cuando añadido agua hirviendo para darle elasticidad y luego la paso a agua con hielo para que mantenga su forma y no se aplaste."



En 2006, los hermanos Anthony y Paul fundaron Mainland Media para mostrar la verdadera identidad del The Bronx. Sus recorridos a pie invitan a conocer el barrio desde dentro, a través de su cultura, su gastronomía y las historias de quienes lo habitan.



La Iglesia de Nuestra Señora del Monte Carmelo es uno de los centros históricos de la comunidad italiana del Bronx y escenario de celebraciones tradicionales que siguen marcando la vida del barrio.



El recorrido gastronómico por Arthur Avenue atraviesa algunos de los negocios más emblemáticos del histórico barrio italiano del Bronx: Joe's Italian Deli, donde la mozzarella se elabora varias veces al día; la histórica Borgatti's Ravioli & Egg Noodles, famosa por su pasta fresca desde 1935; Madonia Bakery, abierta desde 1918; la tradicional charcutería Calabria Pork Store y varios restaurantes especializados en ostras y marisco que reflejan la diversidad gastronómica actual del barrio.

Anthony añadió que en Joe's Italian Deli se elabora tres o cuatro veces al día: "La mozzarella fresca no espera, se hace, se vende y se vuelve a hacer." Para mí, lo más bonito es que los vecinos vienen a comprar, pero también a conversar, preguntar por la familia, compartir recuerdos... Es un lugar vivo.

La segunda parada se llama **Borgatti's Ravioli**. Está solo unos metros más adelante, pero el olor cambia: ahora entramos en el mundo de la harina, el huevo y la madera. **Christopher Borgatti** nos recibe entre máquinas antiguas y fotografías familiares y nos cuenta su historia: "La tienda abrió el 28 de noviembre de 1935. Mis abuelos, **Lindo y Maria**, vinieron de **Emilia-Romaña**. Mi padre, **Mario**, tenía 18 años cuando abrieron y trabajó aquí hasta los 96." Me sentí como en un museo interactivo.

En la tienda hay una máquina que llegó de Italia en 1950 y sigue funcionando. Aquí nada se tira, se reemplazan las piezas rotas y ya está. Nuestros guías nos contaron que en Borgatti's antes vendían cien

raviolis por un dólar. Hoy la cuarta generación adapta el negocio al presente sin alterar la esencia. Cuando preguntamos a **Christopher** por sus clientes, nos habló de familias que vienen aquí a comprar raviolis para celebraciones importantes con sus seres queridos.

Mientras caminamos, el barrio va cambiando, pero la identidad continúa. Andando por **Arthur Avenue** observamos la realidad actual, compuesta por **negocios albaneses, restaurantes mexicanos** y otros comercios nuevos. Anthony lo explica sin dramatismo: "La inmigración siempre ha funcionado así. Un grupo llega, crea una comunidad, luego otros continúan la vida del barrio manteniendo sus tradiciones. Lo importante no es quién posee el local, sino qué cultura protege." El resultado es peculiar y lo comprobamos en restaurantes italianos atendidos por inmigrantes de otros países que siguen sus propias recetas.

La tradición se convierte en patrimonio compartido. Y eso lo experimentamos en **Madonia Bakery**, que lleva más de un siglo abierta.



Entre máquinas centenarias y fotografías familiares, Christopher Borgatti mantiene viva la tradición de Borgatti's Ravioli & Egg Noodles, la histórica tienda de pasta fresca abierta en 1935 por sus abuelos emigrados de Emilia-Romaña.



Desde 1918 exactamente. Comenzaron con pan siciliano, pero hoy elaboran también pan de jalapeño y pan de muerto para sus vecinos mexicanos. El dueño de Madonia nos explicó que es su forma de respetar y servir a los nuevos vecinos: “Hemos adaptado nuestros productos. Ese es el verdadero Bronx: con sabor italiano y toques de los países que nos rodean. El pan se ha convertido en un lenguaje común.”

La siguiente parada es Calabria Pork Store, donde literalmente el tiempo se percibe en el aire. Lo más impresionante es el techo, donde cientos de salamis colgando se acumulan para

curarse como antiguamente. Ese método ya no se permite en otros lugares, pero el negocio conserva derechos históricos por llevar décadas practicándolo. El olor a cerdo y vinagre es intenso, característico y se quedó con nosotros un buen rato. El recorrido termina en el Arthur Avenue Retail Market, creado por el alcalde Fiorello LaGuardia para reunir a los vendedores bajo techo y sacar así a los ambulantes de las calles. Ahí, en un edificio de 85 años, Anthony y Paul abrieron en 2013 el Bronx Beer Hall.

En este lugar todo está pensado para ser útil, pero también para que tenga un significado. Por ejemplo, la madera de la barra proviene de una granja que perteneció a la familia de Jonas Bronck (quien dio nombre al Bronx). El logo es una deconstrucción de la bandera del distrito, que usa los colores naranja, blanco y azul. Y la cerveza, que elaboran los hermanos, se llama “Bronx Little Italy Italian Pilsner.”

Y al final viene la experiencia que da sentido a toda la excursión: un sándwich que representa al barrio. Reunimos los productos comprados durante el paseo: pan de Madonia, carne y pimientos de Calabria, queso de Joe's Deli. Con todo eso, los chicos nos prepararon un sándwich comunitario. Fue una idea que me sorprendió tremendamente, algo que me enamoró por completo.

Cualquiera puede pasar por estas calles, por estas tiendas, comprar algunos ingredientes, llevarlos al Bronx Beer Hall, armar su sándwich y acompañarlo con una cerveza local. ¿En qué bar os dejan traer comida de fuera? Aquí sí. Para mí fue una gran lección de una vida más llena, más cercana, más consciente y respetuosa de lo que estoy acostumbrada.



NEW
YORK+

Rockefeller Center, la catedral laica de Manhattan

Una ciudad dentro de una ciudad. El Rockefeller Center de Nueva York es un complejo de 19 edificios, de los que 14 son de estilo **art déco**, y tengo que admitir que impresiona mucho. Sobre todo, por los detalles más o menos escondidos, porque ninguno es casualidad: todo está pensado al milímetro. Bienvenidos al tour por un espacio más que sorprendente.

Cuando se habla del **Rockefeller Center** no se puede hablar solo de arquitectura. Hay que hablar de una idea importante: la del progreso. La familia Rockefeller entendía la riqueza no como un fin, sino como una responsabilidad. El origen de esa filosofía está en la figura de **John D. Rockefeller**, el magnate del petróleo en el siglo XIX, y su hijo, **John D. Rockefeller Jr.**, quien heredó algo más que dinero. Heredó la obsesión por construir su legado.

Rockefeller Jr. era tímido, conservador, casi austero. Paradójicamente, su esposa, **Abby Aldrich Rockefeller**, era todo lo contrario: cosmopolita, feminista, coleccionista de arte moderno y futura impulsora del MoMA. Donde él veía prudencia,

ella veía cultura. Donde él veía contención, ella veía expresividad.

El resultado de esa tensión creativa fue el Rockefeller Center. Durante la **Gran Depresión**, cuando Estados Unidos estaba paralizado por el desempleo, Rockefeller decidió financiar un complejo gigantesco de 14 edificios art déco, **construidos entre 1930 y 1939**. La visión era revolucionaria: no un simple rascacielos aislado, sino un conjunto donde los edificios cooperaran en vez de competir. Ese ideal de armonía urbana anticipaba debates contemporáneos sobre planificación, décadas antes de que existieran.

Pero Abby exigió algo más, algo radical para la época: arte moderno en cada edificio. Su marido, aunque incomodado por los desnudos que iban apareciendo en el proyecto, terminó financiándolos todos. El matrimonio se convirtió así en el motor simbólico de un Nueva York que empezaba a **fusionar capitalismo con cultura**.

El tour lo comenzamos frente al **Radio City Music Hall** junto a

nuestro guía **Guillermo** (el mejor guía que he conocido en mi vida), quien nos invitó a levantar la vista para ver las líneas curvas del cartel que se cruzan con líneas rectas y metálicas. Esa es la esencia del Art Déco: la convivencia entre geometría y elegancia. Un poco como la convivencia de Rockefeller Jr. y Abby Aldrich.

En la fachada destacan **tres medallones** creados por una mujer (algo excepcional en los años 30) que representan danza, teatro y música. El Rockefeller Center quería proyectar **una nueva civilización urbana** basada en creatividad, comunicación y espectáculo. Personalmente, fue muy emocionante ir descubriendo toda esa simbología planificada con tanto detalle. Llegué a pensar que me gustaría que Abby Aldrich hubiera diseñado mi vida, que le hubiera dado toda esa armonía y sabiduría.

Nuestro todopoderoso y omnisciente guía nos explicó que el complejo entero está diseñado como una **coreografía visual**. Los edificios bajos conducen la mirada hacia la torre principal, en vez de intentar superarla.



El urbanismo moderno suele buscar protagonismo individual, pero aquí la grandeza nace de la cooperación.

Llegamos a la conclusión de que el Rockefeller Center es **un tratado filosófico** tallado en piedra. Su arte y su simbolismo lo convierten en un museo al aire libre. Por ejemplo, el mosaico del conocimiento es un mural de la inteligencia despertando a la humanidad: muestra una figura femenina **enviando ondas de radio** al mundo, que precisamente representan el conocimiento.

Las escenas finales muestran la ignorancia, el miedo y la pobreza como consecuencia de rechazar ese conocimiento. La moraleja es bastante clara: **educación es igual a libertad**, ignorancia es igual a infierno en la tierra.

El complejo entero habla de la ética del aprendizaje.

Por otro lado, la famosa **estatua de Prometeo** muestra al titán trayendo el fuego a la humanidad. Un fuego que también significa conocimiento. Su castigo fue quedar atado a las montañas, donde un águila le devoraba el hígado. Pero él no moría, lo más duro del castigo fue precisamente su duración: la eternidad.

Lo que no sabíamos, y lo que nos explicó el guía, es que en la mitología griega **el hígado era la sede de las emociones**. Otra moraleja bastante clara: el progreso exige sacrificio emocional. Frente a la **Catedral de San Patricio** encontramos una enorme escultura de **Atlas**, creando un diálogo visual entre religión cristiana y mitología pagana.

Según nuestro guía, un especialista en el tema, es quizá el gesto más neoyorquino del complejo: **la fe y la razón mirándose cara a cara**. Al final nos encontramos frente a la entrada principal, sobre la cual un anciano barre las nubes, es decir, elimina la ignorancia. Toda la iconografía repite la misma idea: **progreso moral mediante conocimiento**.

Rockefeller Center también materializa la fe en la tecnología. Quería creer que el conocimiento viajaría por el aire. El edificio principal, **antes RCA y hoy sede de NBC**, fue durante más de 90 años un centro de medios. Desde aquí salieron programas históricos de radio y televisión.

El arte exterior lo explica mejor que cualquier libro. El relieve de la radio es un hombre emitiendo

ondas. El relieve de la televisión muestra bailarinas convertidas en una imagen transmitida. El Rockefeller Center alojó la comunicación moderna y la celebró como herramienta educativa. En pleno auge de la propaganda y las guerras mundiales, su arquitectura quería dar a los ciudadanos un mensaje optimista: **los medios unirían al mundo**.

Hay que mencionar que todos los edificios tienen **jardines en altura**, una innovación sorprendente para los años 30. El paseo principal, **Channel Gardens**, simboliza el Canal de la Mancha separando los edificios francés y británico. En palabras de Guillermo, es un gesto casi poético: **Europa reinterpretada en Manhattan**. La plaza central funciona como una típica plaza mayor europea. La conclusión que nos llevamos

es que no está diseñada para consumir, sino para reunirse.

Nuestro recorrido culmina en el **Top of the Rock**. Desde arriba, el Rockefeller Center nos enseña a leer la ciudad. Tiene tres niveles de observación: terrazas con cristal protector, nivel abierto sin cristales en la parte más alta y plataforma central más elevada.

Desde allí se ve el **Empire State Building** de frente y eso ningún otro mirador lo ofrece igual de bien. Además, tenemos **Central Park** hacia el norte, **Downtown** hacia el sur, el río Hudson al oeste y el **East River** al este. Allí también se tomó la famosa foto **Lunch Atop a Skyscraper** durante la construcción del edificio en 1932.

Hoy se puede recrear durante la visita: se llama **The Beam**.

Te sientas en una viga metálica, la elevan ligeramente sobre la terraza y te hacen la foto con el skyline detrás. Un recuerdo bonito para sumar al viaje.

El Rockefeller Center a lo mejor no es el rascacielos más alto ni el más famoso, pero probablemente **es el más ideológico e interesante para entender Nueva York**. Fue concebido como un manifiesto: capitalismo financiando arte, tecnología educando masas y arquitectura creando comunidad.

Casi un siglo después, millones de personas siguen reuniéndose allí y la mayoría no es consciente que está caminando dentro de una filosofía urbana. Sobre la creencia de que la modernidad podía ser bella, moral y colectiva.



El salón secreto de Harlem: una casa donde habita el jazz más auténtico

Hay muchas formas de viajar a Nueva York. Se puede subir a los miradores, cruzar el puente de Brooklyn, hacer fotos en Times Square o perseguir escenarios de películas. Todo eso es la ciudad, o al menos es la parte visible. Luego está la otra. La que no aparece en las guías, porque no funciona como una atracción. Os presento a Marjorie Eliot y la casa de Harlem donde cada domingo ocurre algo irrepetible.

Parece una dirección equivocada. Le dimos unas vueltas al edificio, que no llama la atención. No había cartel... Pero me lancé y subí unas escaleras residenciales normales, me crucé con vecinos de esos que todos tenemos y durante un momento pensé que me había confundido. Pero detrás de una puerta encontramos algo extraordinario. Entramos en un salón lleno de sillas plegables, fotografías familiares colgadas por las paredes, personas de distintas edades y nacionalidades... **Todos sentados en silencio.** A un lado hay un piano y una mujer mayor que sonríe como si todos fuéramos invitados a su casa. Y, de hecho, así es. **Es la casa de Marjorie Eliot.** No es un club. No es un museo. No es un espectáculo. Es su casa. Y cada domingo, desde hace décadas, se convierte en uno de los escenarios más auténticos del mundo.

Marjorie no creó esto como proyecto cultural. Lo creó para sobrevivir. Pero volvamos al principio. Nuestra protagonista nació en Georgia y empezó a tocar el piano a los tres años, se lo enseñó su bisabuela. La música fue su lenguaje antes que la escuela. Creció entre iglesia, teatro y coros. Las raíces afroamericanas y

caribeñas convivían en sonidos, lenguas y rituales. Para ella la música fue comunicación. A los doce años ya tenía trabajo tocando para un coro. Aquello le obligó a aprender disciplina: tocar en todas las tonalidades, acompañar voces humanas, escuchar antes de tocar.

Más tarde se trasladó a Nueva York para actuar. Formó parte del elenco original de **No Place to Be Somebody**, la primera obra afroamericana en ganar el Pulitzer. Fue dramaturga, directora, actriz premiada... Podría haber tenido una carrera convencional en el arte, pero para ella lo más importante era su casa y su familia de músicos. Al **Drears**, su marido, fue baterista de jazz. Tocó con **John Coltrane**, **Dizzy Gillespie** y **Charles Mingus**. En casa había dos pianos y todos los hijos crecieron entre sonidos. Entonces ocurrió la ruptura. Fue un domingo.

En 1992 murió uno de los hijos de Marjorie, Phil. Tres años después, Marjorie tuvo una idea: transformar ese día en otra cosa. La música sería memoria, memoria compartida. Así nacieron los conciertos dominicales. “La inspiración fue honrar a mi hijo y al mismo tiempo transmitir el legado del jazz”, nos dijo Marjorie. El primer concierto fue en junio. Se llenó de familiares, vecinos y amigos. Piano, batería, viento... Nada muy distinto a lo que ocurre hoy. Nunca se detuvo. Desde 1995, prácticamente cada domingo, su salón se llena.

La experiencia es difícil de explicar porque no se parece a nada que exista en el turismo cultural. Al fondo del piso hay tres habitaciones que son la zona privada, donde vive Marjorie. El salón es escenario permanente: las sillas permanecen colocadas semana



tras semana. Es una casa que decidió no dejar de ser hogar para poder ser escenario.

Es un jazz para escuchar. Se percibe algo que casi no existe en la cultura contemporánea: una atención colectiva. **La casa elimina la distancia psicológica entre artista y espectador.** No puedes esconderte en la oscuridad de una sala. Los músicos tocan a un metro de nosotros.

Se oyen respiraciones, dedos sobre teclas, madera del instrumento. En una ciudad diseñada para el ruido, aquí sucede lo contrario: **Nueva York se vuelve íntima.**

Este lugar explica Harlem mejor que cualquier museo. El barrio fue cuna cultural afroamericana, hogar de músicos, escritores y artistas. Con el tiempo cambió, se transformó, se encareció. Muchos espacios históricos desaparecieron.

Pero este salón permanece. Aquí el jazz es una tradición viva transmitida entre generaciones. Los hijos estudiaron música desde

pequeños. “Mi madre fue mi primera profesora; empecé a los cinco años”, nos comenta Rudel, uno de los hijos de Marjorie, que también participa en el concierto. Es que este hogar no separa vida y arte. El padre, Al Drears, también tocó en los conciertos hasta su muerte en 2011.

A lo largo de los años, el público llegó por el boca a boca. Los vecinos y visitantes internacionales repetían “Tienes que verlo.” Marjorie habla con naturalidad. Es una anfitriona real. Conversar con ella no es una actividad del itinerario, es un encuentro humano e irrepetible.

Nueva York ofrece experiencias grandiosas: rascacielos, espectáculos, luces. Pero esta es otra dimensión. Aquí comprendes algo: **la cultura de la ciudad no nació en grandes escenarios.** Nació en habitaciones como esta. Un salón donde una madre convirtió el duelo en tradición y la tradición en comunidad.

Cuando termina el concierto nadie corre a la salida. La gente tarda en levantarse.

Hablan entre ellos, se abrazan. Como si al salir volviera el ruido del mundo y no quisieran que pasara.

El proyecto nació para sanar una pérdida personal y terminó siendo **un espacio de reparación colectiva.** Después de treinta años, el significado también cambia. Ya no es solo homenaje a un hijo. Es transmisión generacional. La familia continúa tocando. Un ritual analógico en una ciudad digital.

Marjorie, sin anunciarlo, creó uno de los lugares más humanos de la ciudad. No aparece en rankings. No tiene merchandising. Y sin embargo es una de las experiencias más profundas que pude vivir en Nueva York. No visité un lugar. Me recibieron en él. Al salir entendí que el alma de una ciudad no siempre está donde brilla. A veces está donde alguien decidió abrir la puerta de su casa.



Instagram:
[@parlorentertainmentharlem](https://www.instagram.com/parlorentertainmentharlem)